

LOS BORDADOS DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

Al lado de una iglesia azul, unos niños rosados bailan una ronda. Pa-
recen una rueda que cuelga del cielo. "Cuéntame la historia", pregun-
to. La mujer me mira con sus ojos negros y duros: "esos niños bai-
lan porque no saben lo que pasa". Su voz es tranquila.

En el mes de agosto de 1975, en una población de Santiago, inició su
trabajo un taller de lavandería. Era uno de los muchos talleres de
trabajo que promueve la Iglesia Católica de Chile. Son el fruto de
la organización de los trabajadores cesantes.

Agrupados en las llamadas "Bolsas de Trabajo", los cesantes han dado
nacimiento a múltiples talleres de trabajo, en los más diversos ru-
bros. Pero uno de estos estaba llamado a constituirse en algo espe-
cial. El taller de lavandería de la historia fue iniciado por cuatro
señoras de una población marginal. Con muchas dificultades, consi-
guieron un local, una pequeña pieza de madera o "mediagua"- y consi-
guieron las artezas.

Una señora que no era de la población las proveía de trabajo. La
buena señora recorría las casas de sus amigos y lograba que estos
le entregaran ropa para que la lavaran las cuatro pobladoras. La
buena señora llevaba los pedidos hasta la población y luego de lava-
da la ropa los repartía los domicilios correspondientes. Y las
cuatro señoras lavaban y lavaban todo el día.

"Nosotras no podíamos ir a buscar ropa para lavar; no ve que la gen-
te desconfía de una". El razonamiento de doña Rosa es tan simple co-
mo ella misma. "En las semanas buenas ganábamos hasta cuatro y cin-
co pesos a la semana cada una". Cuatro pesos luego de ocho horas
si no más - lavando ropa ajena durante siete días. "Con la necesidad
que pasamos, todo es bueno".

Pero un día la buena señora tuvo que ausentarse del país. Doña Rosa
y sus tres asociadas intentaron continuar el trabajo. Pero la organi-
zación era insuficiente. Y los pedidos de trabajo también. Doña Ro-
sa bordeó la desesperación.

Y un día alguien llegó con el anuncio de las "arpilleras". Una seño-
ra iba a ir al local de la iglesia a enseñar lo que era eso de "las
arpilleras". Doña Rosa y sus asociadas lavanderas no saben en que -
consistía lo anunciado. Pero se decía que con ello se podía ganar -
algo de plata. Y Doña Rosa y sus asociadas se transformaron en la -
base del primer taller de "eso" que eran las "arpilleras".

Arpillera: tejido de tela muy barata, que sirve para cubrir cosas
o confeccionar sacos. Es lo que dice el diccionario.

"Por favor, señorita, ¿dónde están las arpilleras? - pregunta el elegante señor. Resulta que viajo pronto al extranjero y quisiera llevar alguna para obsequiar a una muchacha.

Cuando un profesional por ejemplo - o un diplomático desea hacer un obsequio fino y original, regala una arpillera. Cuando alguien quiere obsequiar algo con un sentido especial, regala una arpillera. Cuando alguien quiere entregar un trozo del Chile de hoy, regala una arpillera.

Porque esa tela basta del diccionario se ha transformado en las manos de Doña Rosa y las muchas que la han seguido. La arpillera se ha elevado y hoy es sinónimo de obra de arte. Y Doña Rosa no lo sabe. Porque Doña Rosa necesita comer. Y también sus hijos, Para ella la arpillera significa una entrada de dinero.

Una mesa circular llena de niños, una iglesia, ollas muy grandes con letreros que dicen sopa y leche, mujeres que preparan comida. Todo esto contruido a base de retazos de géneros de colores y texturas muy diversas. "El tema de esta sala es el comedor", explica doña Zoila, su autora. Jamás antes había trabajado en nada parecido. "Primero me imagino todo lo que quiero poner y después lo voy dibujando en la tela. Entonces empiezo a seleccionar los colores y a ingeniármelas para hacer todos los "monitos" para que queden lo mejor posible", explica sonriendo. Los trazos y líneas de todos los trabajos son ingeniosos e infantiles. Carecen de perspectiva y de toda técnica pictórica. Pero los elementos están bien dispuestos y los colores bien elegidos. Las mujeres - si bien no saben dibujar - han ido encontrando una técnica propia. Cada elemento ha sido trabajado hasta el más mínimo detalle. Es posible encontrar una casa a la que se le abren ventanitas de géneros y descubrir una escena familiar ocurriendo en el interior. O una señora gorda vestida literalmente con todo su ajuar. O un cordel con ropa tendida efectivamente tendida en cordeles reales. O una muchachita a la que es posible trenzar el cabello en lana. Para el observador, cualquiera de las telas es objetivamente bella. Como aquella de la ronda de niños rosados como una rueda colgada del cielo, al lado de una iglesia azul. Pero los ojos de su autora son contrastantemente duros. "Esos niños bailan porque no saben lo que pasa".

Las arpilleras tienen un antecedente en Chile: los bordados de Isla Negra. El poeta Neruda fue su propagandista y llevó muchos de aquellos trabajos hasta París. Y antes que ellas existieran, la poeta y folklorista Violeta Parra había bordado sus propias creaciones en lana sobre arpilleras viejas. Esas telas - por la fama de la autora - estuvieron expuestas en Louvre. Hoy la situación es muy diversa. Nadie hace poesía. Nadie busca secretamente la fama. Sólo busca el sustento.

"Al comienzo bordamos íntegramente en lana", dice la asesora de talleres artesanales. "Pero el producto terminado resultaba demasiado caro". Es una mujer activa, de hablar suave, pero seguro. Artista

connotada, con varios premios a su haber, hoy es una colaboradora de una de las vicarías zonales de la Iglesia de Santiago. Toda acción de solidaridad está siendo encauzada a través de las vicarías territoriales, de acuerdo con los lineamientos pastorales trazados por la Iglesia Católica. La artista - con una gran experiencia en promoción comunitaria - llegó casi casualmente a esta labor. "Un día conversé con una muchacha, quien se interesó por lo que estaban haciendo en las Vicarías, y ese mismo día decidí trabajar en colaboración con ellas".

La "muchacha" era una joven funcionaria de una de las vicarías zonales. "Nos encontramos por casualidad en el verano pasado, cuenta muy sonriente y cuando descubrí que era una artista, le pedí que trabaje con nosotros". Mucho tiempo después la muchacha iba a descubrir que había abordado a una artista consagrada. "Es que una no puede meditar mucho en esta pega. Cuando hay que pedir, hay que pedir al tiro".

En el primer taller de bordado, el de doña Rosa, la lavandera, también participó la funcionaria. "Soy una artista frustrada", se rió. Pero sólo en una sesión. El quehacer de la solidaridad exige tiempo completo.

"Los bordados de Isla Negra eran una idea base", explica la artista. Cuando vieron la posibilidad de usar lana en cantidades importantes, buscaron otras formas. Así llegaron al género. "Sólo usamos sobras". Las formas y técnicas van surgiendo de la imaginación y de la necesidad de las mujeres. "Sólo asesoro en lo elemental. Todo lo he ido aprendiendo junto a ellas", dice esta mujer que ha abandonado la práctica de su propio arte. "En estos tiempos, creo que lo que ahora hago es mucho más útil y efectivo que el arte propiamente". Mientras tanto, veinte señoras están trabajando, cada una en su tela. Tienen un tema común para todas. Pero las formas de expresión serán las de cada una. Es la reunión semanal de "corrección". Cada cual expondrá su tela a las demás, y esta será corregida colectivamente.

Cada grupo está organizado para su buen funcionamiento. Una tesorera se encarga de distribuir la ganancia obtenida de la venta de las telas. Entrega de dinero a la autora de la tela vendida. Pero cada una debe entregar un diez por ciento a un fondo común, que será usado en eventuales compras de materiales. Una secretaria, encargada de la asistencia de las señoras a las sesiones de trabajo. Cada grupo acepta sólo 20 personas. Las no aceptadas integran una "lista de espera". Cuando alguien falta sin causa justificada, queda fuera del grupo; y otra señora ocupará su lugar. La vigilancia del grupo la ejerce el propio grupo. "Hay señoras que están en peor situación que otras, entonces a ellas se les permite hacer más telas que las demás". El compromiso es entregar una tela a la semana.

Cuando no ha habido venta, se entrega parte del fondo común a cuenta de futuras ventas. Pero la calidad del producto también es vigilado. Seis son las "revisadoras" que tiene cada grupo. El control de calidad se ajusta a criterios específicos: Que el trabajo tenga buenas

"terminaciones". Que el tema representado sea "verdadero", que "diga algo". Si alguien borda una población, y esta carece de niños es rechazada por falsa. Que esté bien compuesto como conjunto de elementos.

Aquí primará el buen gusto de las señoras "revisoras". Como sólo bordan temas que cada mujer vive cotidianamente, la vigilancia resulta casi natural.

Es la necesidad inmediata lo que hace que las mujeres se acerquen a los grupos que funcionan con las vicarías zonales. "La primera vez que llegué, no sabía bien de qué se trataba. Cuando ví lo que estaban haciendo, creí que nunca lo podría hacer. Me puse a llorar aquí mismo". Cecilia es una mujer morena, de cabeza canosa. Ese taller era su última esperanza de conseguir dinero para alimentar a sus hijos. Luego del llanto, se encerró en su casa. Con tenacidad fue aprendiendo a hacer lo que nunca había hecho. En realidad, Cecilia nunca había trabajado antes en nada. "Mi marido tenía un buen trabajo, y nunca quiso que yo trabajara. No tienes necesidad, me decía. Me dedicaba sólo a ser madre. Total, yo fui criada a la antigua". Pero un día su marido quedó sin el buen trabajo, se acercó al grupo que funcionaba en la iglesia cercana. Y aprendió lágrima a lágrima. Hasta que logró su primera tela. "Llegaba a tener pesadillas en las noches, tratando de ver cómo iba a ser el tema que me pedían". Cada momento libre que tenía lo dedicaba a la tela. "A veces estaba hasta las tres de la mañana con la famosa arpillera". Y la vendió finalmente. Cuando le entregaron el dinero lloró otra vez. "Yo sabía que me había costado". Como la tela de los niños rosados y su ronda. "Bailan porque no saben lo que pasa".

La cesantía creciente, el hambre la desnutrición mueve las manos de las bordadoras. Formas nuevas de expresión emergen desde la necesidad. La cultura del hambre podría ser llamada. Y en medio de la angustia, las personas. Las mujeres se encuentran con la artista que había dentro de ellas, dormida. "Cuando alguien prefiere mi tela a la de las demás, me pongo tan contenta que no sé como decirlo ... " María borda y borda. Y siempre está sonriendo.

Las telas de Teresa son muy apreciadas. Ella les incorporó personajes en relieve. Niños que se paran arriba de las mesas, otros que tiran el pelo a las niñas. Todos corporeos, como saliendo de los pañales. "Es que me resulta más fácil que bordar o dibujar", explica tranquila. Su primera preocupación es su hija, una criatura desnutrida. Con el dinero que ha ganado con las arpilleras, comprará los remedios y pagará los médicos que su hija necesita.

Porque una arpillera va transformándose en muchas cosas. Alimento, matrículas escolares, atención médica, medicinas y también dividendos por las mínimas cosas que tienen. Hay que evitar la erradicación y el desalojo de la población que se hizo nacer en el pasado. Las cuotas que hoy que cobran los organismos del estado encargados de la vivienda son muy elevadas para los cesantes.

✓

Pero la arpillera no sólo se transforma en cosas materiales, como el dinero, doña Ester acaba de llegar al grupo. Aún no sabe si será aceptada. "Pero aunque no quedará aceptada, vendría igual a las reuniones de trabajo. Esto es como una isla en donde sé que me quieren". El marido de doña Ester estuvo detenido más de un año en uno de los campos de detención que funciona el país. La situación para Doña Ester era muy difícil. Y más cuando lo liberaron sin cargo alguno. "Era de los que en la noche daba gritos...las primeras veces me asustaba mucho".

"A mi me ha servido mucho", dice Cecilia con su rostro cansado. "El trabajo en la arpillera me sacó del mundo en que vivía...estaba casi transtornada".

Día a día, la arpillera ayudaba a estas mujeres a sobrellevar la situación. "Pero sabemos que no nos van a comprar por pura solidaridad. El trabajo tiene que estar bien hecho". En esto la exigencia es fuerte. Sin embargo, el mercado empieza a restringirse. La cantidad de talleres funcionando no alcanza a los diez. Algo grotesco si se compara con los volúmenes de desempleo. La necesidad de monitores para poder multiplicar los talleres resulta obvia, pero también es obvio que el mercado parece llegar a un punto de saturación. La tarea urgente de hoy es ampliar el mercado. Encontrar otros horizontes para las arpilleras del hambre.

Con motivo de la Navidad, las Bolsas de Trabajo de los cesantes de Santiago organizaron una Feria de Solidaridad. En ella se vendieron los productos de los talleres más diversos. Y uno de los productos más vendidos fueron las arpilleras. Dice doña Rosa: Cuando ví que la Feria vendía las arpilleras no lo podía creer. Casi me morí". Pero doña Rosa también escuchó los comentarios que la gente hacía al observar las telas. "La gente ve muchas más cosas que las que una misma ha puesto en su propio trabajo...Será que saben más, digo, no sé...

"No se puede mirar lo bonito nada más". Cecilia es terminante. "Ahora el problema es la plata...Me alegra que mis trabajos los encuentren bonitos. Me alegra porque al vender le mato el hambre a mis chiquillos".

Chile está tejiendo sus arpilleras. Cada una de ellas es mucho más que una tela bordada. Mucho más que un producto del folclor. Es la vida y la muerte que se está trasladando trozo a trozo y color a color las telas bastas del diccionario. La arpillera es un pedazo de vida y un pedazo de muerte que puede colgar como un adorno más sobre la chimenea de una residencia. Y que puede ser muy bello. Como la iglesia azul y los niños rosados en ronda colgados del cielo.

"Esos niños bailan porque no saben lo que pasa"

Santiago, enero de 1976.